

durante dieciocho años, logrando crearse ese mundo interior de luz que resplandece en sus últimas obras y expresan sus palabras al llegar la hora suprema: «Ahora sí que voy a ver.»

Durante estos años de ceguera, el mundo culto ciñó las más altas coronas de gloria a sus sienas. Las Américas del Norte, Centro y Sur le colman de títulos y distinciones. El Estado español le concede sus más preciadas condecoraciones intelectuales y laborales. Su tierra natal abre jardines y alza monumentos en su honor. Se crean premios con su nombre esclarecido, y España entera se dispone a tributarle un homenaje conmovedor a la octogenaria inabitable como un roble de la Montaña.

La muerte no quiso permitirle sentir esa palpitación admirativa y el 19 de mayo de 1955 llevó a su casa madrileña el aviso de Dios de que se prepararan para la Luz

Eterna sus ojos ciegos tantos años. Murió como vivió: serenamente, dulcemente, santamente, con el alma consciente, con la palabra exacta, con la sonrisa florecida en su rostro de abuela bondadosa. Al alcance de su mano tenía el rosario, la falsilla fabricada por la ternura filial para que su mano trazara la caligrafía alterada por la pérdida de la visión, y el lápiz que aún conservaba el calor de su mano trémula, que horas antes intentara esbozar un último artículo inacabado.

Concha Espina se fué. Sí; es verdad. La vimos bajar a «la sepultura de ladrillo» que la esperaba «en el suelo arrodillada», sobre la que no una, sino muchas manos amorosas derramaron «bajo la eterna luz del cielo soberano» el perfume de todas las rosas de la primavera que reía. Se fué, pero le ha quedado para siempre a España como una de sus mujeres más excepcionales por el talento, la dulzura y la laboriosidad que iluminaron su larga vida y su dilatada obra.

